



Prólogo



Otra vez el teléfono.

Al atenderlo, escucho de nuevo esa voz, la misma voz que brilla por su ausencia cada vez que voy a Colonia en mis vacaciones, sea porque su dueño se fue a Argentina o porque está en Montevideo; pero lo cierto es que cada verano que voy a visitarlo, nunca está.

Mientras me tomo el trabajo de hacer un lugarcito en mi agenda para viajar a esa hermosa ciudad, este señor siempre se ausenta, para luego llamar pidiéndome disculpas por no haber estado.

Así es él, y yo, pese a que me cueste, debo reconocer que lo quiero.

La presurosa voz me saluda al oído. Enseguida cambia el rumbo de lo que está diciendo y me pide que haga lo mismo de la otra vez: escribir. En mi fuero íntimo le dedico una serie de juramentos pero, como siempre, termino contestándole:

—Está bien, Dani, lo haré.

Luego nos despedimos. Él ha prometido mandarme la historia por *email* y llamarme pronto. Cortamos, y me deja de nuevo con la difícil tarea de escribir un prólogo.

Cuando me voy a sentar al escritorio donde tengo la computadora, miro a Karina, mi esposa, y ella me sonrío:

—¿Era Daniel? —adivina.

—Sí —contesto, y mi hijo Nicolás, quien sin querer estaba escuchando la conversación, comienza a festejar, ya que tiene todos los libros de este sujeto.

Me apronto el mate rascándome la barbilla, con las palabras de mi amigo rondando en la cabeza mientras espero a que llegue su correo con la novela. Cuando lo recibo, me pongo a leerla y comienzo a viajar hacia mi pasado, recordando mi vida en el fútbol desde que me inicié en Canelones. Llego a la conclusión de que lo que escribió Daniel no es más que la pura realidad.

Al terminar, en casa ya todos se fueron a dormir. Decido emprender el desafío de redactar algo para el libro de mi amigo.

Si bien no soy crítico literario, lo que sí les puedo decir respecto a la novela es que van a descubrir, a sol y sombra, el complicado mundo del fútbol, de este hermoso deporte que tanto nos ha dado al autor y a mí.

Pero no todo el mundo tiene la misma suerte que nosotros, y en este punto es donde apoyo a Daniel en lo que hace y me uno a él en un solo grito convencido.

Hoy día, yo, Diego Lugano, puedo decir que tengo un buen pasar, soy reconocido mundialmente y defiendo a mi país como capitán de la selección. Mi vida pasa por el fútbol, y soy y seré un eterno agradecido a este deporte; pero también debo reconocer que en mi carrera como futbolista no todo ha sido color de rosa.

Como cualquier jugador de fútbol, tuve innumerables momentos difíciles, momentos en los que fui suplente o en los que ni siquiera estuve convocado al partido del fin de semana. Trabajé con técnicos que no me quisieron, equipos que me dejaron libre y hasta períodos en los que estuve a punto de dedicarme a otra cosa.

Hubo instancias decisivas a lo largo de mi carrera. Por ejemplo, hoy soy el capitán de la selección, y estoy escribiendo una especie de introducción para una novela cuyo autor estuvo convocado a una selección, en el 2002, de la que yo quedé fuera. Recuerdo que a mí me iban a citar, al igual que a él, para ir a jugar un amistoso a Venezuela, pero finalmente lo citaron solo a él. Cuando me enteré, lo felicité y le dije:

—Mucha suerte, Dani, estás nada más y nada menos que en la selección.

Él me lo agradeció y se fue.

No hace mucho, Dani me llamó para decirme:

—Felicitaciones, Diego, estás nada más y nada menos que en un Mundial.

Estas son las cosas del fútbol, muy semejantes a las de la vida misma. Pero aparte de todo esto, a lo largo de mi carrera deportiva, sobre todo en las inferiores, tuve un sinnúmero de compañeros mucho más dotados que yo para el fútbol; sin embargo, nunca llegaron a primera.

Almas rotas, sueños frustrados, promesas incumplidas. Cuando me entero de que alguno de estos fenómenos está trabajando doce horas al día para llevar el pan y la leche al hogar, pienso: *Qué horror, qué talento desperdiciado.*

Pero el fútbol es así; muchas veces cruel, injusto, ¡infinitas veces no se llega! Y eso es lo preocupante, y ahí es que nos unimos con Daniel por la misma causa: ¡Hay que estudiar!

El fútbol es hermoso. Ojalá lleguen a primera y a la selección todos los niños que comienzan el *baby*, pero lo que tiene el fútbol de lindo lo tiene de corto. Y la vida es larga. En no más de cinco años nuestras vidas

futbolísticas estarán terminando, y seremos, ambos, dos jóvenes amigos ya jubilados de sus profesiones. ¡Y ahí, Daniel, deseo que sigas dándome prólogos para escribir, porque voy a tener mucho tiempo del día libre!

Pensando en lo que intento expresar a los lectores, espero haber sido claro en el mensaje. Si no lo fui, recalco lo dicho: Estudien. El fútbol muchas veces es ingrato, muchas veces nos deja por el camino, y si no estamos preparados, la vida nos absorbe como una ola. Y es esa ola la que hay que saber barrenar. Estudien, prepárense. Ojalá sean futbolistas, y si llegan, van a sentir que el estudio también los hizo mejores deportistas.

Para finalizar, vuelvo a leer el título de la novela y no puedo evitar que me corra un frío helado por la espalda. “*Mi mundial*”, ¡qué título! Yo, ahora, en cuestión de un mes, me juego el mío; ese mismo “mundial” que todos ustedes están esperando y haciendo fuerza para que nos vaya bien. Les prometo que voy a dejar todo de mí por el bien de mi país, el bien de todos nosotros; pero así como yo les hago esta promesa, les pido a ustedes que me hagan otra: “Hagan deporte y estudien”. Es el lema y es la causa que junto con Daniel estamos tratando de inculcar en toda la sociedad.

Los quiero mucho. Volvemos a hablar después del mundial.

Con afecto,
Diego Lugano, marzo de 2010

Me llamo Fernando *Tito* Torres y tengo quince años. Nací y crecí en un barrio de la ciudad de Colonia del Sacramento llamado Los Nogales. Soy el mayor de cinco hermanos y, desde que tengo uso de razón, poseo un maravilloso don: jugar al fútbol.

En mi niñez nunca nada me entretuvo tanto como la pelota. Esto, creo yo, fue lo que me llevó a desarrollar una admirable habilidad (perdón por mi falta de modestia, je, je). Me pasaba todo el día con el balón. Lo elevaba por el aire, sin dejarlo caer, durante el tiempo que se me antojara.

Con apenas ocho años jugaba durante horas al fútbol en el fondo de casa, en la calle, en el patio de algún vecino, en la escuela y, sobre todo, en el baldío que se extiende bajo el puente La Caballada, al costado de mi barrio.

Aún hoy, cuando recuerdo esa etapa de mi vida, veo a mi madre retándome cuando volvía de la escuela, almorzaba y, sin haber hecho todavía los deberes, salía para jugar con la pelota, juego que se prolongaba durante toda la tarde. Luego volvía a casa, me bañaba y volvía a practicar pases de fútbol en el cuarto que compartía —en esa época— con tres hermanos.

Mi madre entraba de improviso y, al encontrarme jugando, se ponía a rezongar. Me decía que era tardísimo y que todavía no había terminado de hacer los deberes.

—¡Tito! —gritaba, y yo dejaba lo que estaba haciendo para abrir de apuro el cuaderno.

Mi familia está compuesta por mi mamá, mi papá y nosotros, sus cinco hijos. Amelia, mi mamá, es una excelente ama de casa, con un corazón más grande que el planeta. Ella siempre ha sido la encargada de llevar la casa adelante, de mantenerla limpia y arreglada, así como a nuestra ropa. Si se nos rompe algo, ella lo cose. En el invierno nos teje hermosos buzos de lana.

Mi papá se llama Ruben. Es un hombre tosco, trabajador, de buenos modales y con los principios muy afianzados. Lamentablemente, debido a su trabajo, han sido pocas las horas del día que hemos compartido con él, pero cada vez que ha estado en casa, su compañía y devoción por nosotros hace que esos momentos se conviertan en inolvidables.

Él había comenzado la escuela industrial con el afán de convertirse en carpintero, pero con mi nacimiento se vio obligado a abandonar los estudios para trabajar de portero en dos edificios. Mientras tuvo esos dos empleos, se iba de casa a las seis de la mañana y volvía recién a las diez de la noche.

La más grande de mis hermanas es Marcela, dos años menor que yo. De todos, es la más parecida a mi padre. Es temperamental, orgullosa y tan decidida, que estoy seguro que, de proponérselo, lograría cruzar el océano a nado. Acaba de pasar a segundo año de liceo con 12, por lo que todos estamos muy orgullosos de ella.

Tengo otro hermano de once años, el *Rulo*, que también juega al fútbol, pero evidentemente no es su pasión. Su nombre es Gustavo, y parece que este año también podría llegar a ser abanderado, y digo “también” porque Marcela recibió ese honor el año pasado.

Al *Rulo* le sigue una hermana de nueve años, la *Viqui*, Victoria, que va camino a ser modelo (al menos eso dice ella), y se la pasa mirándose al espejo o desfilando por la casa con ropa de mi hermana y de mi mamá. Su vida parece girar en torno a eso y es tan cómica que no podemos dejar de reírnos cuando desfila ante nosotros.

Por último está Rocío, la más chiquita de todos, con cinco años. Es la integrante de la familia con quien yo paso la mayor parte del tiempo. Esta niñita es el sol personificado. Nació con síndrome de Down. Yo no sé bien cómo afecta este problema a las personas que lo padecen, pero a Rocío me parece que la hace amar desmedidamente.

Siempre fui a la escuela de mi barrio. Debo admitir, sin embargo, que nunca me caractericé por ser un buen alumno: mi vida ha sido y es el fútbol.

Cuando inicié mi primer año escolar, también empecé el primero de *baby* fútbol en el Club Atlético Peñarol de acá. El entrenamiento arrancaba a las cinco de la tarde, por lo que yo —como ya conté— llegaba de la escuela, tiraba la mochila y me iba a jugar a la pelota hasta esa hora. Al terminar en el club, muchas veces me quedaba jugando al fútbol en la calle hasta bien tarde, utilizando la práctica como excusa cada vez que regresaba a casa.

El primer rezongo severo que recibí de parte de mi madre fue precisamente por eso. Recuerdo que ella estaba en casa con la cena pronta. En ese entonces Rocío todavía no había nacido, Victoria era una bebida, y no comíamos otra cosa que no fuera guiso.

Apenas entré, mi madre me preguntó:

—¿Dónde estabas?

—En la práctica —respondí, sorprendido.

—¡No me mientas! —estalló—. Vengo de ver a Fede (era un vecino del barrio y compañero de Peñarol) y estaba con su madre en el almacén —agregó, terminante.

Ante semejante afirmación, no me quedó otra que resignarme al castigo, que consistía en no jugar a la pelota por el resto de la semana, hecho que, de por sí, me resultaba peor que la guillotina.

Detestaba estar encerrado. El fútbol para mí significaba todo. Me transportaba y me transmitía una paz que no lograba experimentar con nada más.

En la escuela era inquieto y desatento. Las maestras vivían llevándome a la Dirección. Los recreos eran lo que más me gustaba, porque jugaba al fútbol con quien quisiera hacerlo, al aire libre, como amaba estar, demostrando lo superior que resultaba respecto al resto de mis compañeros de clase, y a los mayores también.

A raíz de mi pésimo comportamiento escolar es que aún mantengo en la memoria las llegadas nocturnas de papá a casa.

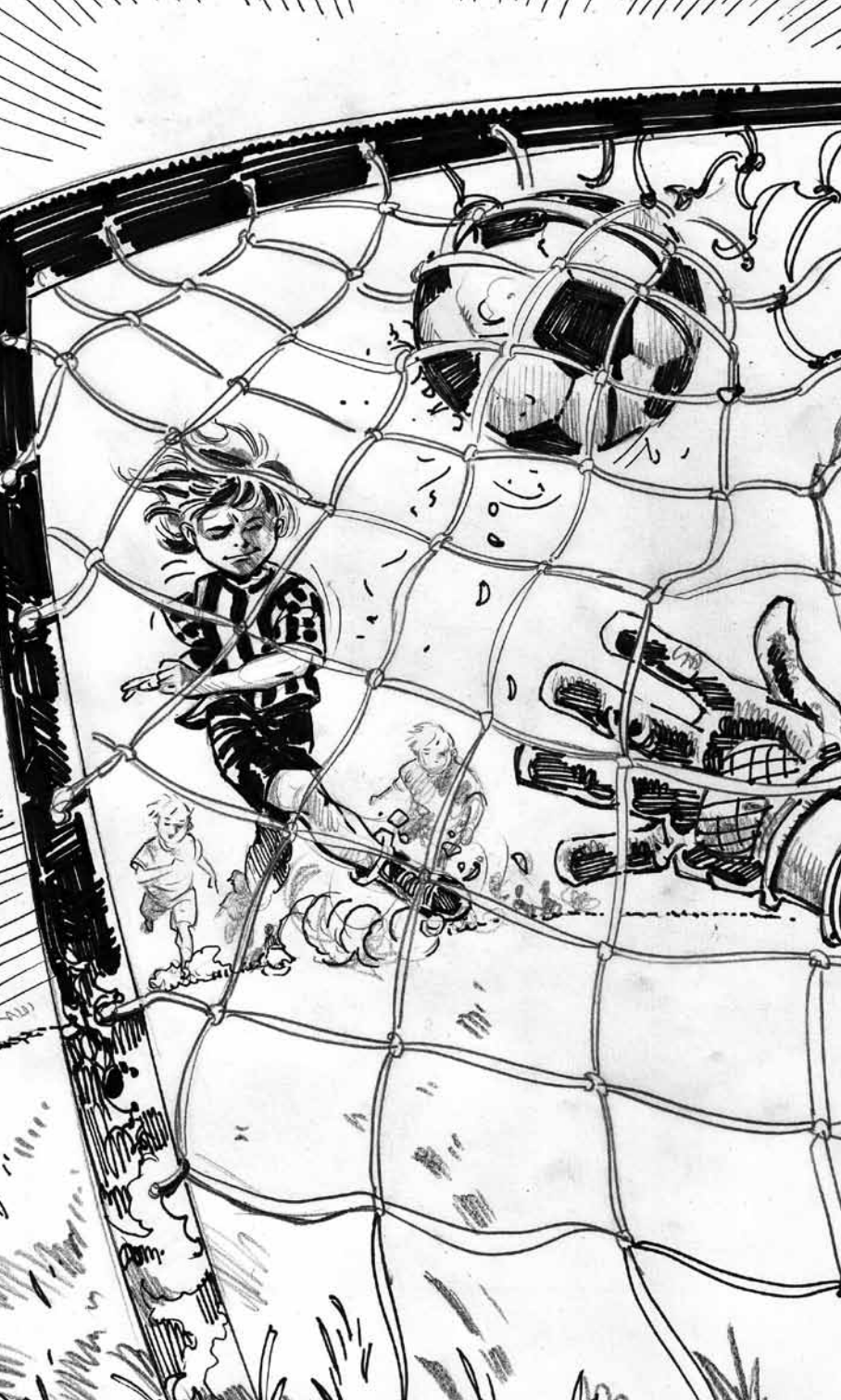
Con calma (papá siempre hacía todo como si tuviera accionado el botón de cámara lenta), se reunía conmigo en mi cama. Me hablaba en tono bajo para no despertar a mis hermanos y comenzaba por preguntarme por qué habían vuelto a llamar de la escuela a mamá.

—Es que la escuela me aburre —le contestaba siempre.

Él suspiraba y me decía que no quería volver a escuchar que me habían llevado a la Dirección, porque de lo contrario se vería obligado a prohibirme el fútbol definitivamente. Terminado esto, me abrazaba durante algunos segundos y volvía a la cocina.

Siempre sumido en su mutismo, papá se sentaba a la mesa mientras se servía su clásico vaso de vino, de un paquete de cartón que guardaba en la puerta de la heladera, y, sin chistar, escuchaba a mi madre diciéndole

que ya no tenía más plata, ni siquiera para comprar un litro de leche. Cuando ella terminaba, él como norma le contestaba que no se preocupara, que todo mejoraría, y luego se quedaba en silencio, encerrado en sus propios pensamientos.



Los momentos de alegría que yo les regalaba a mis padres se producían únicamente cuando me encontraba dentro de la cancha de fútbol. Ese era mi sitio, donde me conectaba con mi ser y era capaz de crear cosas maravillosas.

Los partidos eran los sábados por la tarde y coincidían con el único día libre que tenía mi papá.

Él iba a verme a todos los partidos, jugara donde jugara, y yo me sentía feliz de saber que mi padre estaba ahí afuera, mirando todo lo que yo hacía con la pelota entre mis pies. Mis gambetas hablaban por mis palabras, mis goles eran mis gritos de euforia.

—Es un fenómeno —le decían a mi padre y, de rebote, escuchaba yo también.

Con la pelota podía hacer lo que quisiera. La paraba, amagaba, corría, no me la podían quitar y, cuando me hartaba de tenerla moviéndose al unísono con los pies, la hacía viajar hacia el interior del arco, logrando culminar la jugada con un estridente grito de gol.

Me sentía distinto al resto. Consideraba que el sábado de tarde, en el partido que a mi club le tocara jugar, era mi momento de gloria, el único espacio en